

príncipe. Cuatro hombres han quedado en Molló para proteger la litera de Blanca y de las damas.

—Conque es decir que ahora la escolta se compone.....

—De diez hombres perfectamente armados.

Desagradóle mucho la noticia á Testadura, que veía que la lucha iba á ser bastante desigual, y daba ya al diablo el proyecto que tan fácil le parecía antes.

A pocos instantes despues llegaron Blanca y Alberto y el resto de su comitiva, y deseando continuar su camino preguntó al oficial qué había enviado para preparar la barca para su pasaje, por ella. Ya hemos visto que este oficial era el bandido Testadura, que á favor de su disfraz se había reunido á las gentes de Alberto.

—Llegué tarde, y la única barca de que podía disponersela había ya tomado otro antes.

—Entonces, dijo Olesa, valdrá mas que el príncipe continúe su camino, y si la barca está todavía allí.....

—No está, se apresuró á contestar Testadura, y el príncipe no podrá continuar su camino hasta mañana.

Mal le venia á Alberto aquella imprevista y forzada detencion, y sobre todo á Blanca que conocía el ánsia con que la estaría aguardando su padre.

Preguntó Alberto si por allí cerca había otro paso del río y alguna barca, dispuesto á ir él mismo á buscarla con alguno de los suyos, y á hacer que el barquero viniese á encontrarles á la cabaña del pescador, donde en tanto reposaría Blanca con sus damas en la habitacion de Juana.

Gran contentamiento causó esta idea al agente de Enrique que de este modo lograba dividir la escolta de Alberto, y aseguraba las probabilidades del triunfo sobre éste.

Alberto salió acompañado de cuatro de los suyos, entre ellos el fiel Olesa, y dejó otros cuatro en la cabaña con el fingido oficial de las gentes del conde de Puigcerdá.

Había logrado su objeto Testadura. La escolta del príncipe Alberto se hallaba dividida, y comenzó á prepararse á hacer frente al resto de la escolta, comenzando por igualar las probabilidades de la lucha.

Despues cogió un vaso de vino, se lo bebió de un trago, y en el jarro que Juana había traído por encargo de Enrique, echó unos polvos que sacó de su escarcela, y llamando despues á los cinco soldados que habían quedado de la escolta de Alberto, los invitó á beber, haciendo que Juana se marchase á su cuarto, donde Blanca se había retirado á descansar y á esperar la vuelta de Alberto.

Comenzaron á beber alegremente los soldados, y entre brindis y algazara entonaron la canción del aventurero, haciendo el acompañamiento chocando sus vasos de estaño sobre la mesa, aguardando Testadura el efecto del activo narcótico que había vertido en el jarro.

Testadura, sin perder de vista á los soldados y espionando los efectos del vino que les había hecho beber, comenzó á cantar así:

Del mundo yo soy el rey,
Batallar es mi destino,
Y no miro en mi camino
Ni Dios, ni patria, ni rey.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! gritaron todos golpeando en la mesa con los vasos.

Testadura continuó cantando:

Mi voluntad soberana,
Al que hoy tiene por amigo,
SEGUNDA SERIE. —1866.

Combate como enemigo
Si así le place mañana.

Mí placer es el robar,
Y ante ninguno me humillo,
Porque llevo en mi bolsillo
Para vivir y triunfar.

—¡Bravo! ¡bravo! volvieron á repetir todos, escepto uno que se quedó dormido.

—¡Ya va uno! dijo Testadura, y continuó su canción:

Sigo la ley de la guerra,
Y en ella mi dicha fundo,
Porque es mío todo el mundo
Y los tesoros que encierra.

Al finalizar esta estrofa quedóse dormido otro de los soldados, y Testadura dijo:

—¡Ya van dos! y siguió cantando.

Mi vida paso en placeres,
Cuanto codicio poseo;
Y mías son las mujeres
Que en mis caprichos deseo.

Yo del mundo soy el rey,
Pelear es mi destino,
Y no miro en mi camino
Ni Dios, ni patria, ni ley...

Al terminar, ninguno de los soldados aplaudía como antes; los dos únicos que quedaban despiertos y que combatían por no dormirse, quedaron profundamente aletargados.

Había llegado el momento que esperaba Testadura. Salió éste de la cabaña, dió tres palmadas, y en el momento acudieron de entre las rocas Pedro con cuatro bandidos con sus dagas en la mano.

Entraron en la casa y preguntó Pedro:

—¿Dónde están nuestros enemigos?

—¡Ahí los tienes, contestó Testadura señalándole los soldados profundamente dormidos.

—¡Vaya una empresa! Infeliz, tú me deshonras. Me habrán pagado, para no hacer nada.....

—¿Qué importa, si se consigue el mismo resultado?

—Para mas seguridad, siempre sería bueno... dijo uno de los bandidos haciendo la señal de traspasarlos el corazón con la daga.

—¿A qué derramar sangre inútilmente? dijo Pedro, contentémonos con desarmarlos, eso no les hace á ellos mal, y á nosotros puede sernos útil. ¿Y la jóven que hay que robar?

—Está dentro, contestó Testadura, en el cuarto de la pescadora.

—Entremos, pues, dijo Pedro.

En aquel mismo momento uno de los bandidos que se había quedado vigilando á la puerta de la cabaña, dió la voz de alerta, y dijo que descubría una antorcha.

Salieron á la puerta y vieron al resplandor de aquella luz, que era el jóven caballero que volvía, y aunque esto al pronto los desconcertó creyendo que vendría con todos los hombres que le habían acompañado, se reanimaron al ver que venía solo con el que le alumbraba.

—Ataquémosle, dijo Pedro.

—Para que den la alarma fuera, nada de eso. Mas vale sorprenderle aquí.

—Bien pensado, dijo Pedro, é indicó á los bandidos que se colocasen como dormidos sobre la mesa, arrojando cada

AÑO XXIV. 6

uno de ellos á un soldado debajo de la mesa, y apoyando la cabeza en sus manos, fingiéronse dormidos.

Llegó Alberto á la cabaña, acompañado de uno de los soldados que llevaba para alumbrarle por el camino una antorcha de resina. Salíó á recibirle Testadura, y cerrando la puerta en cuanto hubo entrado.

—¿Y qué hay señor, de aquella barca?

—Gracias á Dios, contestó Alberto, se halla en muy buen estado y nos aguarda el barquero..... He dejado allí á Olesa para disponerlo todo..... Pero ¿qué es lo que veo?..... Mis gentes están dormidas. ¿Qué significa esto?

Alberto se acercó á los bandidos que tomaba por soldados suyos, y dándoles un golpe en el hombro, les gritó:

—¡Arriba! ¡arriba pronto.

—Sí, arriba, gritó también Testadura.

Levantáronse los cuatro bandidos. Tres de ellos con Pedro se arrojaron sobre Alberto, mientras que Testadura y otro se lanzaron sobre el hombre de la escolta que alumbraba y le apagaron la antorcha.

—¡Traicion! ¡socorro! gritaba Alberto, pero sus soldados yacían debajo de la mesa incapaces de todo, desarmados, sumergidos en un profundo letargo. Defendiase como un león Alberto, y había ya derribado herido en tierra á uno de los bandidos, pero cargando todos sobre él, cae herido á su vez, exhalando un terrible suspiro.

—Negocio concluido, dijo Pedro, enseñando á Testadura el cuerpo ensangrentado de Alberto.

—¿Le has muerto tú? dijo Testadura.

—No he sido yo, sino ese hombre.

—Arrojad su cuerpo al río, dijo Testadura.

Pedro y otro de los bandidos cogieron el cuerpo de Alberto, el uno por la cabeza y el otro por los pies, y se alejaron de la cabaña dirigiéndose hácia las rocas de la orilla del río.

Testadura con otros dos bandidos entraron en el cuarto de Juana donde se hallaba reposando Blanca. Oyéronse gritos pidiendo socorro, y á poco salieron los dos bandidos arrastrando en pos de sí á la noble y hermosa dama, que en vano pugnaba por desasirse de los robustos brazos de sus villanos raptos.

Juana, de quien los bandidos no habían hecho caso alguno, pues lo que les importaba era apoderarse de su presa, salió tras de ellos poblado los aires con sus lamentosos ayes, y gritando, ¡socorro, socorro!

Testadura se lanzó sobre ella con el puñal en la mano, diciéndola:

—¡Silencio, infeliz, ó te mato!

Juana cayó al suelo de rodillas, embargada su voz por el terror.

Alejáronse los bandidos.

Al cabo de algunas horas, los soldados á quienes no había bastado á sacar de su letargo el ruido de la terrible escena que había pasado en la cabaña, comenzaron á volver en sí debajo de la mesa y á talar á media voz el estribillo de la canción del aventurero, con que se habían quedado dormidos.

Yo del mundo soy el rey
Pelear es mi destino.....
No reparo en mi camino
Ni Dios, ni patria, ni rey.....

EL CONDE DE FABRAQUER

(Se continuará.)

DE LOS MORMONES.

SECTA POLÍTICO-RELIGIOSA DEL NORTE-AMÉRICA.

(Continuacion.)

El hombre con su inteligencia abarca todo lo creado, y puede formular planes y arreglar el mundo á su manera; pero un hombre solo y aislado ni siquiera se basta á sí mismo, si se propone pasar de las abstracciones al terreno práctico, y con especialidad, si ha concebido la grande idea de llevar á cabo algun proyecto colosal, como José Smith, que cual nuevo Mahoma se propuso establecer y fundar una religion nueva.

La vida de ese primer profeta y apóstol del mormonismo no es mas que una larga serie de visiones: sistema muy cómodo, porque cada cual puede inventar en casos semejantes lo que mejor le parezca, sin riesgo de ser desmentido. Sea lo que fuere, lo cierto es que José Smith dijo, que en uno de sus éxtasis oyó una voz misteriosa, que le habló en esta forma: «Que mi servidor Juan C. Bennet os ayude en vuestra obra, revelando mi palabra á los reyes y á los pueblos de la tierra. Que no se separe de vuestro lado, oh mi José Smith, en las horas de la afliccion: si da oído á estos consejos, no le faltará una recompensa: si ejecuta mis órdenes, ocupará un puesto entre mis bien amados, y el amor le hará grande.» La voz no podia esplicarse con mas precision ni con mas claridad, por lo que Bennet comenzó desde luego á figurar como el profeta y apóstol mas inmediato á Smith en el mormonismo. Pero su apostasia, tan ruin como inesperada, abatió los ánimos de los Mormones, y dejó muy comprometido á Smith y á sus pasadas revelaciones, porque el apóstata Bennet, en su obra titulada *Historia de los Santos, ó esposicion de José Smith y del mormonismo*, Boston 1842, dió á luz otras revelaciones mas importantes y positivas que las de nuestro apóstol, fundadas en hechos muy reales y no en vanos asertos.

Bennet, que era brigadier y general, dijo y probó con testimonios fidedignos, que toda la familia Smith se había distinguido muy tristemente en todas las épocas por su ociosidad, por su intemperancia, por sus embustes, por sus mentiras, y que su única mision había sido siempre la de engañar torpemente al mundo. Dió á conocer además, que cierto Peter Ingervolt había afirmado, jurándolo, que Halle, con cuya hija José Smith había dividido el tálamo nupcial, le había echado en cara su obstinacion y persistencia en realizar la boda, apostrofándole en estos términos. «Tú me has robado la hija, y has querido ser su esposo sin consentimiento del padre: tú empleas con malicia todo tu tiempo en buscar medios ruines para explotar á tus semejantes: tú engañas á la gente, diciendo que el Urim y Thummim te descubre lo pasado y lo futuro.» Estas reconvencciones causaron tanta agitacion en el ánimo de Smith, que no sabiendo qué contestar, se quedó anegado en lágrimas, y sollozando dijo que en el Urim y Thummim no había visto nada. Despues de este breve relato, Bennet añade que esa piedra, de una forma muy singular, llamada Urim y Thummim, había sido encontrada por Smith cavando la tierra, y que nuestro apóstol había asegurado que era mucha su virtud profética.

José Smith encontró un día en una de las calles de Palmira á un rico propietario llamado Martin Harris, y le dijo

con mucha serenidad: «Dios me ha ordenado pedir al primer hombre que encontrara andando por la calle cincuenta dólares (1) para ayudarme á cumplir la obra de Dios, traduciendo la Biblia de oro (2).» Martin Harris, naturalmente crédulo, le prestó el dinero, y en el año de 1829 contó en Palmira lo que sigue: «La esposa del profeta en el próximo junio parirá un niño, que á los dos años traducirá la Biblia de oro. Entonces todos vosotros, dijo Harris, vereis á José Smith con esa Biblia debajo del brazo, y todos le vereis pasearse con ella, teniendo su pecho cubierto con una gran coraza de oro, y llevando á su lado una espada del mismo metal.» Nada se realizó de todo esto: y Harris, que había comenzado tal vez á persuadirse de que Smith no había hecho mas que estafarle el dinero, exigió que se le enseñara la Biblia de oro: todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque aquel *gran libro sagrado y misterioso* quedó oculto; y en tanto Smith para acallar las dudas y sospechas de Harris, lo remedió todo con una grande y nueva revelacion concebida en estos términos: «El que os ha hablado, os ha dicho: yo soy el Señor Dios, y os he dado las cosas que teneis. Oh José Smith el jóven, mi servidor, yo os he mandado dar público testimonio de ellas. Hemos convenido en que no las enseñareis á nadie, sin mi espreso mandato, y no teneis sobre ellas mas poder que el que yo os he conferido. Ahora, mi servidor José, voy á deciros algo acerca del hombre, que se niega á admitir nuestro testimonio. En verdad él no se humilla ante mi presencia, y por el contrario se exalta; pero si quiere desde hoy humillarse con toda la oracion y una fé poderosa, si quiere humillarse con toda la sinceridad de su corazon, le otorgaré la vista de las cosas que desea ver.»

Smith, además de su traduccion de la Biblia de oro, redactó el *Libro de los Mormones*, conocido tambien bajo el nombre de *Libro de las doctrinas y de la confesion de fé*. Esta obra, atestada de solecismos y de errores gramaticales, y escrita en un lastimoso inglés, dicen los Mormones mas entusiastas, que es el depósito de todas las revelaciones mas acrisoladas y santas del cielo, en cuanto al gobierno temporal de su iglesia, á la caridad hacia nuestros semejantes, y principalmente hacia los menesterosos, al diezmo que deben pagar todos los miembros de la secta, á la fundacion de las ciudades y de los templos, al reparto de las tierras, á las emigraciones de los santos, á la educacion del pueblo, etc., etc.

Pero vamos á dar una muestra de este famoso libro, transcribiendo dos de sus pasajes: «Escuchad, oh vosotros, antiguos de mi iglesia: vosotros que os habeis reunido en mi nombre, escuchad á Jesucristo, al Hijo del Dios vivo, al Salvador del mundo. Si hay en las manos de la iglesia ó en las de alguno de sus miembros mas propiedades de las que necesitan para su subsistencia, que sean administradas en beneficio de los que carecen de medios y recursos.

«Si deseais conocer los misterios de mi reino, que no carezca de nada mi servidor José Smith: que tenga casa, alimentos, vestidos y todo lo que necesite.»

El primero de estos dos pasajes tiende al comunismo; el segundo, Smith lo redactó en beneficio propio, y sus sectarios, que inclinaban siempre su voluntad á los supuestos mandatos del Todopoderoso, cuyo nuevo Moisés era José Smith, desde entonces vedaron á su profeta y apóstol toda

clase de trabajo material, tanto en la ciudad como en el campo, y nuestro José se entregó aun mas á la oracion para recibir nuevas revelaciones del cielo.

José Smith, como lo afirman todos sus biógrafos y los mismos Mormones, se halló repetidas veces sumido en grandes apuros y espuesto á graves riesgos; pero los venció con extraordinario valor, y supo inspirar tanto entusiasmo en el ánimo de sus sectarios, que estos, lejos de retirarse de su propósito, sostuvieron con obstinación y terquedad sus doctrinas, sometiéndose á toda clase de sufrimientos y aflicciones, como vamos á probarlo.

Los Mormones en un principio se establecieron á orillas del Mississipi, pero tuvieron que abandonar sus hogares y todos aquellos parajes, porque odiados y perseguidos por sus numerosos enemigos, despues de haber luchado por mucho tiempo, se vieron obligados á emigrar, convertidos en blanco de la desventura y de las mas horrendas calamidades. Amadeo Pichot en su obra titulada *Los Mormones*, nos ha dejado una descripción estensa y minuciosa del estado lamentable en que encontró á estos nuevos sectarios desbandados, hambrientos, espuestos á todas las intemperies de la atmósfera, tiritando de frio, recostados en el suelo sin lechos ni abrigos, algunos moribundos, otros gravemente enfermos y todos sin recursos ni alivio.

Cuando los sansimonianos fueron apedreados en Suiza, huyeron precipitadamente, y por último su secta quedó aniquilada; no sucedió lo propio con los Mormones. Las desgracias y las persecuciones robustecieron su valor, y esos sectarios, espulsados del Mississipi, emigraron al Misuri; y José Smith, creyéndose ya en puerto de salvacion con todos sus sectarios, edificó una nueva ciudad, llamada Nauvoo. Pero sospechas fundadas ó dudosas de que ese gran profeta y apóstol de los Mormones aspiraba á declararse monarca ó á usurpar una autoridad eminentemente soberana, indispusieron todos los ánimos de los habitantes de esa parte de América contra los nuevos sectarios. Un artículo publicado en un periódico de su propiedad con el título *De la libertad de los hombres de color*, encendió aun mas la saña de sus enemigos, y los partidarios de la esclavitud contestaron con un artículo sangriento, cuyo título era este: *Desconfiad de los falsos profetas*; y por último, en un gran meeting se falló, que no se permitiera mas adelante á ningun Mormon establecerse á orillas del Misuri, y que los que habitaban en aquellos parajes debían dar fianzas sólidas, y garantías de que en un término muy corto emigrarian, y que bajo esta sola condicion se les otorgaba licencia y permiso de enajenar sus respectivas propiedades y de arreglar los negocios que tenían pendientes. Los Mormones pusieron en juego todos los medios que estaban á su alcance para no abandonar su nueva residencia; acudieron á las autoridades locales; reclamaron contra los abusos y la arbitrariedad de que echaban mano sus enemigos; y apelaron á la libertad de conciencia y al espíritu de tolerancia, sancionados en la constitucion de los Estados-Unidos; defendieron con ahinco la rectitud de sus intenciones y su inocencia. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, sus reclamaciones fueron desatendidas, y en diciembre de 1838 y enero de 1839 varones y hembras, viejos y jóvenes, madres con sus niños, y hasta los enfermos y moribundos se vieron en el duro y lastimoso trance de buscar un refugio en los bosques y en las praderas, privados de toda protección, de todo recurso y de las cosas mas necesarias para su propia conservacion. Los Mormones, sin embargo, armados de estóica impasibilidad, y cada vez mas firmes en su propósito de sos-

(1) Esta moneda de los Estados-Unidos equivale á 3 fr. y 42 c.

(2) Es el nombre que dan los Mormones á su supuesto código divino.

tener á toda costa sus doctrinas y su independencia, llegaron por último en un estado deplorable, y abrumados de miseria, pero no abatidos ni desalentados, al linoas, provincia de los Estados-Unidos, separada del Misuri. Los colonos y los indios, compadecidos de su desventura y de sus persecuciones, les recibieron como hermanos; se abrió al instante una suscripción para remediar en parte sus necesidades mas urgentes y perentorias; á muchos se les proporcionó trabajo en el campo, en los molinos y en otros establecimientos, y los Mormones creyeron con sobrada razon haber encontrado un asilo fraternal en el linoas. Con efecto no se vieron por bastante tiempo perseguidos, y disfrutaron de todos los beneficios que trae consigo la paz y la tranquilidad del ánimo.

SALVADOR COSTANZO.

(Se continuará.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ANDRÉS DESILLES.

I.

El castillo de Montet, que se ve á una legua de Nancy, colocado en la mitad de una colina, es una antigua mansion feudal. El cuerpo de la habitacion principal domina á pico una escarpada roca, y al lado opuesto se estiende el patio sobre una estrecha plataforma rodeada de altos muros, y defendida por profundos fosos. Altas torrecillas lanzan al aire sus flechas, llamadas en otro tiempo la Cruz de Lorena.

En 1790 aquel orgulloso castillito pertenecía al baron de Montet, cuya carrera se terminaba dulcemente en medio de cuatro hijos que le prometian un venturoso porvenir.

Su hijo, criado por él en las mas puras tradiciones del honor, acababa apenas de salir de la infancia, y sus hijas, hermosas como ángeles, se desarrollaban al aire del campo, sin que el soplo del mundo jamás hubiese marchitado sus flores. Su madre las preparaba en el retiro á ser mujeres cristianas, á ser el encanto y la gloria de su hogar.

Un jóven breton, Andrés Desilles de Cambernon, oficial del Regimiento del rey, tenia veinte años apenas cuando llegó á Nancy, con todas las alegres ilusiones de la juventud.

Presentado por su coronel, y admitido á la intimidad de Montet, presto se enamoró de una de las hijas del baron.

La mayor, Antoñita, se parecía á una de esas vírgenes creadas por los pinceles italianos: en su rostro se reflejaba la tranquilidad de su alma, y pertenecía mas al cielo que á la tierra, teniendo solo de mujer su forma mortal.

Con Antoñita era con quien hablaba con mas frecuencia el caballero Desilles, y de ella se ocupaba mas particularmente. El baron y la baronesa creyeron que era esta á la que amaba. Todo cuanto sabian de Desilles les hacia desear el tenerlo por hijo, y sentian la frialdad é indiferencia de Antoñita, que anunciaba la intencion de no casarse nunca.

Una noche de invierno en que se hallaba reunida toda la familia alrededor de la gran chimenea gótica, las miradas de Montet vagaban sobre sus hijas; pensaba en la revolu-

cion, que se levantaba amenazadora, y pedia á Dios que protegiese y bendijese aquellas queridas existencias!

Se oyeron resonar sobre las piedras del patio las pisadas de un caballo, y se vió aparecer al caballero Desilles.

Llevaba noblemente su uniforme, su andar era elegante, y brillaba en su rostro aquella gracia que solo da la juventud.

Recordando lo pasado solo hallaba caros recuerdos, y la esperanza le brindaba con un lisonjero porvenir.

Aquel dia parecia todavia mas feliz que de ordinario, brillaban sus ojos de alegría, y apenas tocaba al suelo al andar.

El baron le alargó la mano.

—Bien venido seas, ahora y siempre.

Desilles se inclinó profundamente, y presentando al señor de Montet una carta cerrada con un gran sello de armas, respondió:

—¡Ojalá que la peticion que os dirige mi padre sea recibida con igual benevolencia!

La baronesa miró á Antoñita; en su mirada se pintaba la ansiedad maternal. Teresa y Victoria de Montet levantaron maliciosamente sus ojos hácia su hermana, que continuó impasible trabajando en su bordado.

El señor de Montet habia abierto la carta y en sus facciones se leía un grandísimo asombro. Desilles, en pie delante de él, aguardaba su sentencia; empero habia confianza en su actitud, y esperanza en su mirada llena de respeto filial.

El señor de Montet devolvió la carta á Desilles, y le dijo sonriendo:

—¡Creo que vuestro padre se ha equivocado!

El jóven breton recorrió rápidamente la primera página y respondió:

—No, señor baron, mi padre no se ha equivocado.

El señor de Montet se volvió entonces hácia su segunda hija, y le dijo:

—¡Ven aquí, Victoria!

Victoria se levantó sin comprender el motivo de aquella llamada. Su padre cogió su mano y la colocó en la de Desilles.

—La mujer, hija mia, dijo, debe dejar á su padre y á su madre para seguir á su marido; tú nos dejarás para seguir al caballero Desilles, que te hace el honor de pedirte por esposa.

Victoria miró alternativamente á su padre y á Desilles, y exclamó:

—¡Pero si no es á mí, es á Antoñita!

Desilles y Antoñita se ruborizaron los dos, y sin embargo ni el uno ni el otro tenian la culpa.

¡Desde el primer dia la naturaleza ardiente del breton le habia arrastrado á la naturaleza radiante y brillante de Victoria, que parecia ser la personificación de su nombre!

La jóven tenia entonces quince años; mas bella todavia que su hermana, era graciosa y seductora. Su cutis tenia la frescura y la transparencia de una hoja de rosa.

Habia crecido en toda libertad y conservado la sencilla franqueza, la alegría y el abandono de la infancia; no dudando ni temiendo á nada, avanzaba con paso firme y seguro en la carrera de la vida.

Los pájaros que están todavia en el nido abrigados bajo las alas maternas, no conocen ni el peligro ni el temor: ¡no saben lo que es la garra del milano ni la escopeta del cazador! ¡No ven mas que el azulado cielo, las verdes praderas, y los frutos y las flores!

Entre la proteccion de su padre y la ternura de su madre, Victoria de Montet no veia mas que la felicidad en el horizonte.

Oia hablar de la revolucion, sin creer en ella: vivia lejos del tumulto; y si á veces, cuando corria alegremente por la terraza del viejo castillo, entreveia á lo lejos la ciudad que se extendia á sus piés, se creia separada por un mundo de todas las pasiones que allí se agitaban,

Al lado de Victoria, Desilles estaba tímido y apenas osaba mirarla, y mucho menos hablarla. Tenia miedo de dejar adivinar á aquella niña la ternura que sentia por ella.

Antoñita, al contrario, le habia inspirado un sentimiento de fraternal confianza, y se acercaba á ella todas cuantas veces tenia ocasion: Antoñita, desposada con Dios en el fondo de su corazon, dominaba desde muy alto las cosas de este mundo, y un secreto instinto la habia advertido desde



El castillo de Montet.

luego que Desilles solo queria de ella una amistad de una hermana.

La exclamacion de Victoria habia dejado suspenso á Desilles. Conoció, sin embargo, que debia romper el silencio, y le dijo:

—Vuestra mano es lo que yo os pido; pero despues de

haber obtenido el consentimiento del señor baron, quisiera tener el vuestro.

—¡El mio! exclamó Victoria, yo os le doy.

—Temo, continuó diciendo timidamente Desilles, que la obediencia únicamente os dicta esta respuesta.

—Victoria, repuso el señor de Montet; ¿aceptas á Desilles

por esposo únicamente por respeto á mi voluntad? ¿Preferirías no casarte, ó elegir otro esposo?

—Estoy muy contenta con casarme, respondió Victoria, y prefiero el señor Desilles á cualquier otro. Yo creía que sería un día mi hermano. ¡Será el hermano de mi hermana! ¡es la misma cosa!

Desilles veía colmados sus deseos. La gracia infantil de su futura, su ignorancia del mundo, todo en ella le encantaba, le estasiaba.

Desde aquel día fué recibido en Montet como un hijo de la casa: aceptó sin murmurar la condicion de aguardar un año para poseer aquella flor apenas abierta. El porvenir le pertenecía; y los días, que se sucedían á los días, le llevaban á los pies de Victoria y enlazaban su alma con la suya. Traíala esas mil chucherías que divierten á los niños, porque era un angelito y lo que el porvenir le prometía no era una mujer, sino una niña.

Para Victoria, Desilles era un amigo preferido á los otros; un hermano mayor y nada mas.

En el mes de agosto de 1790 Desilles dejó una tarde el castillo de Montet, diciendo como siempre:

—¡Hasta mañana!

Bajaba lentamente el camino de Nancy, y Victoria, que se hallaba sobre la terraza del castillo, agitaba su pañuelo en señal de despedida.

Trataba de distinguir todavía la blanca forma de su futura, cuando un relámpago cruzó las nubes; un trueno terrible le siguió, y un olor de azufre se derramó por el aire. La oscuridad dió lugar á un resplandor mas brillante que todos los terrestres resplandores, y apareció Victoria cual una fantástica figura en medio de un cielo abrasado.

La mansion feudal, iluminada al pronto por aquella efímera claridad, lo fué muy presto por las llamas de un incendio. Una de las encinas seculares que se levantaban sobre las murallas estaba ardiendo.

Ningun indicio precursor habia anunciado la tormenta. Aquel trueno parecia ser la voz del destino, la primera señal del combate.

Desilles, metiendo espuelas á su caballo, volvió á subir á galope la cuesta de Montet.

La baronesa, Teresa y Antoñita temblaban y oraban.

Victoria aguardaba á Desilles en el pórtico de entrada: sabia bien que iba á volver.

—Mi madre y mis hermanos tienen miedo, dijo.

—¿Y vos?

—¡Yo! yo no tengo derecho de tener miedo porque voy á ser la mujer de un soldado.

Colocó su manita sobre la brida del caballo de su novio. Desilles cogió aquella mano y la besó. Metió su caballo en la cuadra porque todas las gentes del castillo habian acudido al fuego.

Derribáronse á hachazos las ramas de los árboles inmediatos á la encina incendiada. Felizmente ni un soplo agitaba el aire; las cenizas caían á tierra y rodaban en el valle.

Desilles pasó la noche en Montet.

A la mañana siguiente, en el momento en que iban á marcharse, Victoria le dijo gozosamente:

—¡Todo ha concluido!

—Sí, todo ha concluido aquí, murmuró respondiendo á sus propios pensamientos.

—¿Greis, pues, que habrá hoy una tormenta en Nancy?

—Hoy ó mañana; pero esa tormenta no vendrá del cielo.

—¿Pues de dónde vendrá?

—¡De las calles de la ciudad, del cuartel, de los sublevados! ¿No sabéis que estamos sobre el cráter de un volcan?

—Lo sé, pero no lo creo. ¿A qué afligirnos por males que todavía no han llegado? ¡Yo no creo en la desgracia!

Al decir esto, una vaga espresion de tristeza se habia apoderado de Victoria.

Aquella espresion le era tan estraña, que casi no se apercibió de ella: pasó cual una ligera nube.

—Tomad, dijo, desprendiendo de su cuello una medalla de la Virgen; tomadla, quiero ponerla bajo la proteccion de nuestra Señora del Buen Socorro.

Después se separó de su futuro cantando como cantan los pájaros en la primavera.

II.

Muy pronto se realizaron los presentimientos de Desilles; pero para comprender los sucesos que se preparaban es preciso remontarnos un poco hácia atrás, y echar una ojeada sobre la situacion del país á fin de conocer la irritacion de los ánimos y la insubordinacion de los soldados.

La guarnicion de Nancy se componia del regimiento del Rey, al que pertenecía Desilles, y un regimiento suizo, Demestre. Los oficiales rehusaron en el mes de abril de 1790 tomar parte en las funciones patrióticas, y los habitantes de la ciudad escitaron las tropas contra los jefes.

Todos los dias habia motines, y la autoridad se debilitaba.

Los oficiales fueron amenazados muchas veces: el mayor de Salis, sitiado en su casa, por milagro escapó de la muerte. Mr. Bouillé que tenia entonces el mando del ejército de Lorena, dió cuenta al rey y á la Asamblea nacional de estas rebeliones, y el 24 de agosto de 1790 el mariscal de campo Malseña, fué enviado á Nancy para reprimir la guarnicion.

Los suizos trataron primero de intimidar á Malseña, pero hallaron en él una firmeza incontrastable. Quisieron obligarle á que se quedase en el cuartel, pero el general solo contra un batallon entero, supo hacerse respetar con la punta de su espada. Hirió á tres soldados que querian apoderarse de él y los demás abrieron paso á aquel jefe, que no temia ni las amenazas ni la fuerza.

A la mañana siguiente Malseña dió orden á los suizos de que saliesen de Nancy y fuesen de guarnicion á Sarreluis, bajo el mando del mayor Salis.

El regimiento se negó á obedecer. Mr. de Bouillé que residia en Metz, convocó á los guardias nacionales del departamento que llegaron á Nancy, á fin de ayudar á mano armada á Mr. Malseña. Cuatro mil hombres procedentes de las ciudades inmediatas ocuparon las plazas y las calles de Nancy, algunos estaban armados con fusiles y sables, otros solo con palos.

Las mas absurdas suposiciones son las que mas fácilmente son creidas, los soldados y el comité patriótico persuadieron á aquellos hombres venidos para luchar contra ellos, que eran victimas de sus jefes, y que los generales Malseña y Bouille querian hacer una contrarevolucion, y vender las tropas al Austria.

Los guardias nacionales se unieron á los sublevados para defender la patria. Con orgías cimentaron esta union. El pueblo y la guarnicion resolvieron apoderarse de Mr. Malseña que avisado por un cabo de la guardia nacional salió á una de caballo para Luneville con intencion de tomar el

mando de dos regimientos de carabineros que allí se encontraban, y marchar sobre Nancy.

Al saber los soldados la marcha de Mr. Malseña, gritaron que les habían hecho traición, y se vengaron en Mr. Noué, comandante de la provincia. Derribaron las puertas de un cuartel, y á pesar de la heroica defensa de sus oficiales que lucharon cuerpo á cuerpo con los insurrectos, fué llevado á un calabozo, despojado de su uniforme, y colmado de ultrajes. Muchos oficiales fueron heridos, y hechos prisioneros.

Las tropas y la guardia nacional se dirigieron en seguida sobre Luneville sin jefes y sin orden, en número de seis mil hombres: enviaron emisarios á los carabineros, que después de haber jurado fidelidad á Mr. Malseña, se dejaron persuadir de que el general era un traidor, y que había vendido los regimientos franceses á los príncipes emigrados.

A estas calumnias el general solo respondía con el silencio del desprecio.

Solo una vez le faltó la paciencia, cuando un carabineiro le dijo: nos habeis vendido por un millon. Malseña respondió:

—¡Un millon! seria pagar muy caro las cabezas de cobardes tales como vos.

Abandonado por sus tropas, arrastrado ante la municipalidad de Luneville, el general fué vuelto á llevar á Nancy en un coche de alquiler, guardado de vista por los hombres que debía mandar, y encerrado en un oscuro calabozo del cuartel de Santa Catalina.

Durante este tiempo, Mr. Bouillé formaba un pequeño cuerpo de ejército.

Llegó á Frouard el 31 de agosto de 1790 y acampó sobre las orillas de Lameurthe y de la Mosella, en el mismo punto en donde en 1230, se había dado por Mateo II una batalla á Enrique II, conde de Bar.

La ciudad de Nancy comenzó á temblar: una diputación de insurrectos vino á proponer un arreglo á Mr. de Bouillé.

—Yo no trato con los sublevados, respondió, que se entreguen á discrecion, ó ejecutaré en todo su rigor las órdenes del rey y de la Asamblea nacional.

Queriendo tentar un último esfuerzo para detener el combate que iba á haber, la municipalidad propuso á los miembros del departamento que fuesen al cuartel para arengar á los soldados y hacerles se entregasen á discrecion.

Ninguno de sus miembros consintió en encargarse de aquella mision: temían tener la misma suerte que Noué y Malseña.

El baron de Montet únicamente se ofreció á ir al cuartel para hablar á la tropa á nombre de la ciudad.

Asustados los soldados de los efectos que podía tener su insurreccion, se decidieron á enviar su sumision á Mr. de Bouillé.

Mr. de Bouillé les dió orden de que pusiesen inmediatamente en libertad á Noué y Malseña, y que reconociesen todos los poderes de sus jefes. Añadió que si encontraba á su entrada en la ciudad obediencia y arrepentimiento, encontrarían indulgencia en él.

Los dos generales prisioneros fueron llevados en coche á la vanguardia de Bouillé, el regimiento del Rey fué á colocarse en el llano para ser revistado y los suizos se colocaron en el camino y en las calles gritando: ¡está hecha la paz! ¡está hecha la paz!

Entretanto, sea olvido ó sea intencionadamente, la ciudad permanecía en estado de defensa. Las guardias colocadas en todas las puertas, no habían recibido contraórdenes. La puerta de Metz estaba guardada por un destacamento de suizos, por una compañía del regimiento del Rey y por voluntarios armados que escitaban á los soldados. Había cuatro piezas de cañon en batería enfrente del camino.

En fin, la vanguardia de Bouillé se hallaba á un cuarto de legua de la ciudad y las guardias conservaban su actitud amenazadora.

Los insurrectos repetían que les habían hecho traición, que estaban vendidos, y á pesar de las exhortaciones de los oficiales, los soldados no querían dar paso al ejército de Bouillé.

Andrés Desilles se hallaba allí. Su estremada juventud le había sustraído á la ira de los soldados y quedaba con ellos para tratar de calmar su insensato furor.

Cuando el primer destacamento del ejército de Metz llegó á un tiro de fusil de la ciudad, los soldados de la compañía del Rey se adelantaron para dar fuego á las piezas.

Desilles se arrojó delante de la boca de un cañon y gritó:

—Los que vienen á nosotros son franceses, son nuestros hermanos, antes que tireis sobre ellos yo seré vuestra primera víctima.

Los soldados quisieron á la fuerza apartarle de allí. Abrazó con ambos brazos y todas sus fuerzas el cañon, y les dijo:

—¡Tirad! ¡la bala les llegará teñida en mi sangre! moriré antes que ver la deshonor del regimiento del Rey.

Entretanto el capitán que mandaba la vanguardia de Bouillé dió orden de marchar á libertar al jóven oficial.

Entonces uno de los insurrectos dió fuego á otro cañon colocado á la izquierda de la puerta. Salió el tiro y treinta soldados de la vanguardia rodaron por el suelo.

Desilles no abandonaba su puesto; nadie se atrevía á poner fuego al cañon que defendía. Su gran valor inspiraba respeto y temor.

Al fin tres soldados de su compañía hicieron al mismo tiempo fuego sobre él, y cayó traspasado por tres balas á la vez. Un voluntario del ejército de Bouillé se lanzó en medio de la refriega y lo cogió en sus brazos, y una cuarta bala le hirió todavía. Esta fué tirada por un habitante de Nancy, que solo tuvo audacia para herirle viéndole ya moribundo.

El general Bouillé entró en Nancy.

De todas partes hacían fuego sobre sus soldados. Tiraban tiros desde las ventanas, desde los balcones, desde las boardillas, desde los respiraderos de los sótanos. Al abrigo de sus paredes los insurrectos asesinaban á la tropa sin esposicion. Desde las cuatro de la tarde á las ocho de la noche tuvo Bouillé que luchar contra enemigos escondidos, contra traidores, para los que todos los medios les parecían buenos: echaban aceite hirviendo sobre los heridos y les metían clavos en sus llagas.

El ejército de Metz, á fuerza de valor salió al fin victorioso, y los sublevados huyeron tratando de destruir las pruebas de su rebelion.

En la noche de esta fatal jornada de 31 de agosto, Bouillé hizo salir de la ciudad á los regimientos insurrectos, después de haberla sometido completamente, habiendo perdido trescientos hombres y los rebeldes apenas cuarenta.

III.

En algunos dias se habia abierto un profundo abismo entre lo pasado y lo presente. Andrés Desilles se moria lentamente á pesar de los cuidados de que se hallaba rodeado. La familia de su prometida era la suya. Las primeras lágrimas de Victoria de Montet fueron lágrimas de sangre. Habia vivido quince años sin pensar en la muerte, sin pensar tampoco en el dia siguiente. Para ella era la vida un hermoso y dorado sueño. Se despertaba en frente de un sepulcro, y su afecto infantil por Desilles se trasformó en un profundo amor.

Cuarenta y ocho dias duró la agonía del jóven héroe; su padre pudo volver á ver al hijo que la Francia debia llorar con él. Llegó á Nancy para asistir á la desesperada lucha de la juventud contra la muerte.

La Asamblea nacional votó una accion de gracias á Andrés Desilles: el rey le envió la cruz de San Luis. Las gentes de todos los partidos acudian á la puerta de la casa del herido para enterarse de su salud. La ciudad de San Maló le escribia que estaba orgullosa de que hubiese nacido en ella. Su nombre resonaba con aplauso en aquella querida Bretaña que no debia volver á ver mas, y sus últimas horas se hallaban dulcificadas por el entusiasmo que inspiraba. La gloria y los honores rodeando el lecho del jóven moribundo, le hacian olvidarse de sus dolores.

Pero de lo que no se olvidaba era de Victoria. ¡Con ella la vida le hubiera parecido tan hermosa! ¡El porvenir se le presentaba todo entero bajo la graciosa y pura imágen de su prometida, de aquella niña que iba á ser viuda antes de ser esposa, y que queria morir con él!

Espiró el 18 de octubre. Tenia la fé de los bretones, y se fué derecho á Dios con confianza. Fué espuesto su cuerpo

en la casa del ayuntamiento de la ciudad y sepultado en la catedral.

Los regimientos y la ciudad entera seguian el féretro que encerraba una gloria sin mancha.

El 29 de enero de 1791 fué colocado en la Asamblea nacional rodeado de banderas el busto de Desilles, y se pronunciaron discursos en su elogio, en aquel tiempo en que desencadenadas las pasiones hacian olvidar ordinariamente al dia siguiente los sucesos de la vispera.

El rey y la reina, que no habian conservado de toda la dignidad real mas que el derecho de amar y de consolar, escribieron á Desilles y le enviaron sus retratos. Algunos dias despues de la muerte de su hijo fué recibido su padre en las Tullerias por Luis XVI y Maria Antonieta.

El consejo general de su departamento dirigió á la madre de Desilles la carta que terminaba así:

—Vuestro hijo ha honrado su familia, su pais y su siglo,
Vita transit, gloria manet.

IV.

Victoria de Montet lloró por largo tiempo á su noble prometido: tal vez en el fondo de su corazon lloró siempre.

Quince años mas tarde se casó con un anciano, el baron de Besner. Su vida se pasó en el retiro y en el cumplimiento de sus deberes, sin que un rayo de alegría iluminase su juventud.

La hemos conocido al declinar su existencia. Todos los dias iba á orar al templo santo donde descansa Desilles. El tiempo no habia podido borrar de su memoria el sangriento y heróico rostro de Andrés; sin duda su dolor habia sobrevivido á su matrimonio, empero esto era un secreto entre ella y Dios.



Heroísmo de Andrés Desilles.